

*Sin miedo –Formas de resistencia a la violencia de hoy-*

Autora: Judith Butler. Ed. Taurus

*Sin miedo*, reúne cinco conferencias de Butler acerca de los múltiples ejercicios de violencia por el poder de estado, dirigida a los migrantes, a los disidentes políticos, a las mujeres y trans. Al mismo tiempo analiza los modos de resistencia y los efectos que produce en los sujetos que se hayan bajo el dominio de políticas autoritarias, es decir la transformación en que esa resistencia se vuelve poder y representación.

En “Discurso valiente y resistencia”, plantea cómo se relaciona el concepto foucaultiano de discurso valiente con *parresía*. Foucault explica que “puede decirse que alguien emplea la *parresía* y merece consideración como *parresiastés* sólo si decir la verdad entraña un peligro para él o ella”. No siempre se trata de un riesgo de vida. Solo en lo que Foucault llama su forma extrema el acto de decir la verdad tiene lugar en el “juego” de la vida o de la muerte. Germán García recordaba el manifiesto “No matar la palabra, no dejarse matar por ella”, también mencionaba en sus cursos lo que le interesó a Lacan de Léo Strauss, quien escribió *La persecución y el arte de escribir*, citado en “La instancia de la letra”. La metonimia straussiana, tal como Lacan la sitúa, se trata de decir entre líneas, y se refiere al poder de la palabra a pesar de la persecución política. Un medio-decir de la verdad que atraviesa la censura y llega a destino.

Butler interroga el “discurso valiente”: cómo funciona, e invita al lector a descubrir acerca de la estructura o del sentido de la resistencia en estos tiempos, ésa es su apuesta. La expresión política no siempre se apoya en el “discurso” en sentido estricto, distingue una serie de modalidades plurales de expresión política, gesto, llanto, risa y humor. Actúan como potencial político del sonido estallidos hacia la esfera pública que hasta cierto punto ejercen el poder de perturbar su funcionamiento.

El interés de Butler se dirige a analizar las políticas de segregación, rechazo y desprecio por los migrantes. Advierte que deberíamos desconfiar de aquellos que ven la diferencia como una amenaza fantasmática hacia la propia identidad. Cuando, por ejemplo, se presenta a los migrantes como un presagio de destrucción, como portadores de destrucción que envenenan la identidad racial, o nacional, con impurezas. En nombre de la defensa de la comunidad comienzan los modos de violencia, desde cercenar el paso, las detenciones indefinidas o, lo que es peor, se los deja morir.

Antes que unir se construyen muros, como las tantas millas construidas por Trump en el muro fronterizo que separa Estados Unidos de México. Las formas racistas y nacionalistas de fascismo tienen como objetivo revivir viejas concepciones de la nación en nombre de

la pureza étnica y el odio. Según Butler se trata del rechazo a la interdependencia y el rechazo a la igualdad, cuyo desenlace conduce a una destrucción violenta.

La filósofa americana Judith Butler hace referencia al intercambio epistolar de Albert Einstein con Sigmund Freud de 1932 “¿Por qué la guerra?”, donde señala con cierto énfasis -pero sin profundizar las consecuencias del descubrimiento freudiano-, la presencia de las pulsiones destructivas como una pulsión inherente a las comunidades humanas, que amenaza con romper los vínculos tal como los conocemos. Aclaro que no dice pulsión de muerte, -tal vez haya que reconocer aquí alguna huella del olvido de los posfreudianos, tantas veces advertido por Jacques Lacan-, como correlato de la resistencia a “la peste” que significa la verdad freudiana. La cuestión es saber si es posible sobreponerse a la destructividad humana. Acerca de “El malestar en la cultura” de 1930, refiere que Freud señalaba aquí y en sus reflexiones previas sobre la guerra, cómo el potencial de destrucción inherente a los vínculos sociales tiene la capacidad de hacer pedazos la sociedad, de despojarnos a todos de una vida vivible. Pero esta proyección de destructividad en el enemigo nunca se ha traducido en una forma de gobierno que impida la propia autodestrucción, y las más de las veces ha desembocado en un estado de guerra.

En 1915, a poco tiempo de comenzar la guerra, Freud escribe “De guerra y de muerte”: observa entre la larga lista de desilusiones que produce la guerra, el síntoma de nuestros conciudadanos, que no ha sido menos sorprendente que el hundimiento que tan dolorosamente sentimos de su elevación ética. Se trata de la falta de penetración que se advierte en las mejores cabezas, a su tozudez, su inaccesibilidad para los argumentos más evidentes y su credulidad acrítica hacia las aseveraciones más discutibles.

Freud expresa que, muy a su pesar, la guerra en la que no quisimos creer ha estallado y trajo consigo la desilusión, más bien la destrucción de las ilusiones. Nos despierta, y dice que las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de éstos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces tenemos que aceptar sin quejas que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos. Dos factores han provocado nuestra desilusión: “La ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como guardianes de las normas éticas, y la brutalidad en la conducta de individuos a quienes, por su condición de partícipes en la más elevada cultura humana, no se había creído capaces de algo semejante”.

Freud no intenta reducir ni explicar la guerra al triunfo de la pulsión de muerte, sino que extrae de allí la manera en que la civilización trata la pulsión de muerte y la pulsión de vida, con lo irreductible de sus manifestaciones.

Verónica Rios

Noviembre 2023